

3

CARTA DE PRESENTACIÓN

>>Miles de diminutos cristales rebotaban a su alrededor; mientras yacía tumbada sobre la acera. El suave tintineo, como el de la lluvia chocando contra el cristal de una ventana, la transportaba lejos de allí. Sentía su espalda húmeda y caliente. Las nubes pasaban. ¡Qué silencio, qué paz! Alguien se asomaba a la ventana. Su ventana>>

¿Alguna vez han tenido la sensación de estar inmersos en un sueño del cual no han despertado? Todo ocurre a cámara lenta, los sonidos suenan distantes y vacíos, y sólo oyes a tu corazón bombear, intentando cumplir con su cometido lo mejor posible, a pesar de las circunstancias. Las imágenes se suceden en un orden solamente comprensible dentro de ese sueño.

Es lógico que te rodee la gente, que te sientas pequeña y ahogada sobre la sucia acera manchada con tu propia sangre. Es comprensible que te lleven a un hospital, que pierdas la conciencia de ti misma; que al recobrar, meses más tarde el conocimiento, un grupo de médicos, y luego policías, te sometan a interminables interrogatorios que no logras comprender.

Preguntas del tipo: ¿quién eres?, ¿por qué saltaste?... eran y son un galimatías. A veces me despierto angustiada creyéndome dentro del hospital, con el olor a desinfectante y medicamentos impregnando el ambiente, esperando otra sesión de pruebas. Después, recuerdo que estoy en mi apartamento, en mi pequeña habitación, y vuelvo a respirar.

El reflejo del espejo a veces me devuelve la imagen de una extraña; desnuda ante él, observo mi piel surcada por blancas cicatrices, grandes y pequeñas, mientras paseo mis dedos por ellas. Repito mi nombre como un mantra, para espantar el fantasma del olvido que me persigue desde entonces: Me llamo Elena Martín Roca...

Mi nombre, rescatado con la ayuda de la tecnología y de las huellas dactilares, no dice nada de mí; no más que otro nombre, pero es el único vínculo con un pasado que intento salvar de las nieblas de mi mente. Gracias a él, tengo una identidad, una casa, y la seguridad de que existí antes de mi salto al vacío.

Normalmente, los que padecen este tipo de trastorno, no recuerdan el incidente que les provocó la lesión; sin embargo, yo lo rememoro todas las noches. Los médicos me aseguran que no es un recuerdo real, sino una recreación de mi imaginación para suplir la ausencia de memoria.

Ahora soy esclava de la pluma y el papel. Tengo la imperiosa necesidad de detallar minuciosamente los sucesos que no quiero extraviar en mi mente rota: hechos trascendentes o no, sueños, sensaciones... para crear mi pasado sin miedo a las lagunas y lapsos. A veces, incluso grabo mi voz, cuando lo creo necesario, para luego transcribirlo en mi diario.

El doctor Daniel Herrera, el psiquiatra que me atendió desde el principio, no quiere que pierda la esperanza. Según él, mi caso es una rara excepción: sobreviví a una caída desde un

séptimo piso, salí del coma cuando se empezaron a plantear el desconectarme de las máquinas; me he recuperado casi completamente de las heridas y fracturas. Tras la rehabilitación a penas quedan secuelas, no arrastro los pies, he recuperado el tono muscular de todo el cuerpo a pesar de mi larga convalecencia; los escáneres y los encefalogramas no indican lesiones cerebrales graves, como en un principio parecieron. Soy un milagro de la probabilidad.

A pesar de mi buena suerte, los especialistas se empeñan en seguir haciendo comprobaciones. Supongo que no se terminan de creer que algo así pueda suceder. Yo procuro no pensar mucho en eso, me limito a tomármelo como una segunda oportunidad que me ha brindado la vida, la cual no pienso desaprovechar. Las cosas serían mucho más sencillas si pudiera obviar mi pasado (el que no recuerdo), seguir adelante sin preocuparme de lo que fui, rehaciéndome a mi misma. Eso sería lo perfecto, sin duda alguna pues ¿qué satisfacciones podría ofrecerme mi vida anterior? Al fin y al cabo, sé a que me condujo.

Sí, sería perfecto. No obstante, como miembro de la humanidad comparto ciertas inquietudes, de las que no me puedo sustraer: de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos. Más aún si todo lo que me rodea tiene que ver con esas dos eternas preguntas y no revelan nada en absoluto. Me refiero en concreto, a mi apartamento, a mis exiguas posesiones y las tres llaves que llevaba encima cuando tuve el *accidente*.

Cuando llegué a mi casa estaba ansiosa pues no sabía que iba a encontrar. Nada de lo que me había imaginado me preparó para lo que hallé al atravesar el umbral de mi puerta, gracias a una de las llaves.

Sorprendida a cada paso que daba, revisé el apartamento: Lo primero que me encontré fue una ingente cantidad de cartas y catálogos publicitarios en el buzón. Mas cuando entré en la vivienda propiamente dicha, casi no había muebles, no tenía ningún elemento personal, las paredes estaban desnudas, las estanterías sin libros, sin adornos y una de las ventanas estaba tapiada. La cocina presentaba similares muestras de abandono: algunas latas de conservas, aceite y poco más. En la nevera había leche caducada, algunas piezas de fruta podridas... y en el congelador comida pre cocinada. Ocurriera lo que ocurriese en el pasado, parecía que hacía poco que me había mudado o que no tenía mucho interés en que aquel lugar pareciera un hogar.

En el dormitorio principal, el armario empotrado ocupaba toda una pared. A pesar del espacio estaba prácticamente desocupado, como el resto de la casa, había algunas mudas de ropa perfectamente dobladas y ordenadas. Todas de color blanco y negro.

-¡Vaya! – pensé en voz alta - nunca tendría problemas en pensar lo que ponerme.

También había una caja de madera que contenía una piedra rectangular aunque estaba algo desgastada, unas tiras de cuero, una caja de metal que contenía una sustancia pegajosa de olor extraño... y una mochila grande de cuero, donde había algo de dinero en un sobre blanco sin ninguna reseña.

Era difícil hacerse una idea sobre mi cotidianeidad, mis gustos o aficiones, con el cuadro que se me presentaba delante. La sensación que me transmitía esa vivienda era de provisionalidad e impersonalidad. Lo único singular que encontré en una de las mesillas de noche que estaba a un lado de la cama de matrimonio, en el interior del cajón, fue un colgante. Una concha natural color

marfil. Desde entonces lo llevo colgado al cuello.

En líneas generales, para no entrar en detalles algo tediosos, volver al mundo fue una empresa titánica: desde hacer que esas cuatro paredes fuera considerado habitable, hasta enfrentarme a la necesidad de buscar un medio de subsistencia para mantener ese agujero y a mí misma.

El misterio sobre el por qué el banco o el Estado no había embargado mi casa en los ocho meses que estuve fuera de circulación fue prontamente resuelto al revisar el correo: las facturas estaban domiciliadas, al igual que otros servicios como la luz y el agua. Ese descubrimiento me llenó de esperanza un tiempo. Quizás hubiera suficiente saldo para mantenerme hasta que encontrara un trabajo y me diera alguna pista de mi antigua ocupación, pensé. Sin embargo, el extracto bancario reveló que no tenía muchos ahorros ni ingresos fijos. Lo que sí averigüé fue que dicha cuenta de ahorros la abrí poco antes de tener el *accidente*; unos tres meses antes.

La poca información que pude recabar al pasar los meses, era que había nacido en un hospital del norte del país. Y que había sido entregada a un hospicio católico dirigido por monjas. Tuve varios trabajos, muy espaciados entre sí en diferentes zonas de la geografía nacional, gracias a la datos de hacienda. La mayoría de las empresas o se habían traspasado, disuelto o habían decidido que sus empresas se ubicaran en territorio extranjero. Empero nada era reciente sino de años atrás. Para investigar más a fondo necesitaba dinero. Mucho dinero.

Dinero, a eso queda reducido todo. Tener o no tener: poseer lo suficiente para sobrevivir, pero no para costearme un tratamiento para superar la amnesia o para contratar un detective que me ayudara a averiguar mi historia.

Ahora soy camarera en una cafetería, que me permite subsistir a duras penas y me ocupa la mayor parte del tiempo. La única ventaja que tiene es que me impide dejarme llevar por mi obsesión, no sólo durante la jornada, sino también al terminar. Estoy tan cansada que hago las cosas por inercia: comer, limpiar, ver la televisión o escribir en mi diario... y la mayoría de las veces me quedo dormida sin darme cuenta. La rutina me ayuda a superar el día a día.

Poco a poco he podido recopilar otros datos, no muy relevantes, gracias a mis vecinos. Por ejemplo, el apartamento lo compré hacia más de dos años, no obstante, me mudé catorce meses más tarde. Tenía poco contacto con la comunidad de vecinos, según ellos debido a viajes de empresa cuyo nombre desconocían. Cuando estaba en mi casa, no recibía visitas, tampoco me relacionaba con nadie del edificio. Con respecto al día en que me arrojé por la ventana del salón, la señora Núñez, una anciana de setenta años que vivía en el piso de al lado, me comentó que había oído ruidos en mi apartamento.

- No le di importancia no se vaya a creer. Supuse que estaría haciendo alguna reforma... pero cuando escuché romperse los cristales, pensé que se le había caído algo encima. Y no es porque sea una cotilla pero pegué el oído a la pared para saber si se encontraba bien. Luego oí los gritos en la calle... ¡Un milagro! Ha sido tocada por la mano de dios, hija. Espero que no se le ocurra saltar de nuevo. Si necesita algo o se encuentra mal, sólo tiene que tocar la puerta. La soledad es muy mala señora, y la tristeza...

- Muy amable.